



Cada país debe crear, mantener y  
acrecentar el valor intelectual, moral  
y físico de sus generaciones activas,  
preparar el camino a las generaciones  
venideras y sostener a las generacio-  
nes eliminadas de la vida productiva.

Este es el sentido del

## **SEGURO SOCIAL:**

una economía auténtica y racional  
de los recursos y valores humanos.

*Su*  
**SEGURIDAD**

PUEDE DEPENDER  
DE UN CLAVO

IMPORTAMOS  
**MATERIALES**  
DE PRIMERA  
**CALIDAD**



*Almacenes*  
**MARTINZ S.A.**

**AROELECTRICA, S. A.**

AGENCIAS, MATERIALES Y  
SERVICIOS ELECTRICOS

Cable: "AROELECTRICA"

AVE. CUBA No. 10  
Tel. 2156  
Apartado 143  
PANAMA, R. P.

Avenida  
JUSTO AROSEMENA  
Y CALLE 12  
Tel. 1088-L  
COLON, R. P.

# BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Año I — Abril de 1946 — Número 4

Rogelio Sinán

## TODO UN CONFLICTO DE SANGRE

(NOVELA CORTA INEDITA)

•

## A LA ORILLA DE LAS ESTATUAS MADURAS

(CUENTO)

Nota de  
Esther María Osses

BIBLIOTECA SELECTA

P A N A M A

1 9 4 6

## **BIBLIOTECA SELECTA**

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Oficinas: Avenida Ancón 73.

Apartado postal: 3181

Teléfono: 1436-L

Panamá, República de Panamá.

### **Precio de Suscripción**

**B. 1.50 al Año**

\* \* \*

En el próximo número publicaremos

## **S I E T E C U E N T O S M E X I C A N O S**

seleccionados por

MANUEL MAPLES ARCE

\* \* \*

**Suscríbese a la  
"Biblioteca Selecta"**

— 4 —

## ROGELIO SINAN



A través de la corta historia de la literatura panameña, Rogelio Sinán es una figura sobresaliente, tanto por la solidez de su obra como por el significado e influencia de la misma en el desarrollo artístico de la nueva generación, siendo reconocido unánimemente como el innovador de la poesía nacional.

Su carrera literaria se ha desenvuelto simultáneamente

con su vida de viajes y aventuras como corresponde a un soñador, siempre sediento de nuevos panoramas. Al terminar sus estudios en Santiago de Chile se dirigió a Roma donde permaneció cinco años. Visitó España y pasó un año en París. Los siete años siguientes los dedicó a la enseñanza como profesor de literatura en el Instituto Nacional. Recibió entonces el nombramiento de Cónsul General de Panamá en Calcuta que le brindó una ocasión para hacer un viaje alrededor del mundo. Así visitó Alemania, Francia, Italia, India, China, Japón, Hawaii, California y El Salvador. A su regreso de la India fué escogido por el Gobierno para organizar y dirigir el Departamento de Bellas Artes, oportunidad que aprovechó para realizar una labor digna de mencionarse, convirtiéndose en el centro de múltiples actividades en todas las ramas del arte.

Por ser imposible dar mayor amplitud a esta información con datos de su vida que serían de gran interés, será oportuno y aún más importante, pasar a mencionar sus obras. Su primer libro de poesías intitulado "ONDA" se editó en Roma en 1929; en 1937 se represen-

tó durante varios días con gran éxito en el Teatro Nacional su obra "LA CUCARACHITA MANDINGA" (teatro infantil). Después, en 1944, apareció su poema "INCENDIO", que ha merecido el aplauso de la crítica nacional y extranjera. Tiene inéditos: un libro de cuentos; un libro de poemas ("SALOMA"); una obra para teatro infantil "CHIQUILINGA" o "La Gloria de ser Hormiga", escrita en Calcuta. Además, la novela "PLENILUNIO", que obtuvo el primer premio en el Concurso Ricardo Miró.

Rogelio Sinán capta, como cuentista, el ambiente nacional, con una maestría hasta ahora no igualada en Panamá. Prueba de ello es que Rogelio Sinán ha representado a Panamá en dos ocasiones figurando a la par de los mejores escritores de América; primero, con motivo de haberse escogido su cuento "HECHIZO" para la ANTOLOGIA DE LOS MEJORES CUENTOS AMERICANOS seleccionada por Eduardo Mallea para "LA NACION" de Buenos Aires; y, luego en la aún reciente "FIESTA IN NOVEMBER" (The masterpieces of Latin American Literature), editada en inglés por Houghton, Mifflin con la cooperación de la Oficina de Coordinación Intelectual, y en la que, nuevamente, nuestro poeta llevó la representación de Panamá, con su magnífico e inolvidable cuento intitulado "A LA ORILLA DE LAS ESTATUAS MADURAS".

**ESTHER MARIA OSSES**  
(de la Revista ALFA)





## TODOS UN CONFLICTO DE SANGRE

Por Rogelio Sinán

El incidente parecía incomprensible, sobre todo tratándose de la viuda de Rosenberg, tan digna, tan austera, tan pagada de sí. Nadie creyera que la buena señora, con su gran corpulencia y a sus años, fuese capaz de armar lío tan grotesco. A lo mejor... esos conflictos anímicos... Como a la pobre se la veía tan rara después de su dolencia... Sin embargo, todo hacía comprender que se trataba de excesivos cocteles. ¡Insensata! Y, para colmo de males, haber hecho **ese** escándalo cuando más concurrido estaba el Club y cuando aquella verbena prometía prolongarse toda la noche. Vaya usted a saber qué habría en el fondo... Por lo pronto ya el enredo era grande.

La terraza bullía plena de gente que iba de un lado a otro recogiendo noticias. Casi nadie bailaba, tal era la inquietud originada por el curioso caso, y eran vanos los enormes esfuerzos de la orquesta por distraer al público.

Cada nuevo detalle corría de mesa en mesa, exagerado, como sucede siempre que anda en juego la honorabilidad de una persona.

Los faroles chinoscos, meciéndose en el aire, ponían su nota alegre y multicolor sobre las cosas y sobre el falso asombro reflejado en los rostros.

La defensa o ataque de la viuda de Rosenberg provocó enconadísimas discusiones. Defendíanla los hombres aduciendo mil razones de crédito, y, en cambio, las esposas, la atacaban con verdadera acrimonia. No obstante, era difícil analizar los hechos, pues aquello ocurrió en el bar del Club precisamente cuando todos bailaban, de modo que la orquesta amortiguó los chillidos que, según alguien dijo, había lanzado la señora de Rosenberg.

Quienes daban más fe de la trifulca referíanla a su antojo, llegando a confesar que, entre la gresca que se formó en el bar, vieron apenas a una enorme señora debatiéndose airada y dando gritos mientras la conducían hacia la puerta del Club.

De manera que la reputación de la señora de Rosenberg quedó pronto mezclada a maliciosas sonrisas y a esos ambiguos comentarios que se profieren con grandes aspavientos.

Pero las discusiones tenían más visos de verosimilitud en una mesa de las más apartadas, en torno

de la cual aglomerábanse numerosas personas procurando acercarse a la única fuente lógica de información. No ignoraban que el más autorizado comentar del hecho tenía que ser el médico de la señora de Rosenberg, pues estuvo con ella, y porque muchos decían que se trataba de un caso de trastorno obsesivo. Sin embargo, como ya conocían el proverbial geniecillo del doctor Serge, no se habían atrevido a interrogarlo directamente. Preferían insinuar, como al desgair, alguna que otra suspicacia malévola con la vaga esperanza de provocar la explicación del doctor. Pero el bendito neurólogo no parecía percatarse de aquel asedio o era más zorro de lo que se temían, pues ahí estaba mirando hacia la mar pláridamente como si aquella historia no le incumbiera. Fastidiados, resolvieron al fin dejarlo solo con su pipa en los labios. Allá él y su paciente.

¡Lástima de verbena! Hubiera sido agradable proseguirla toda la noche, pero el escándalo de la señora de Rosenberg había dejado un rastro de oprobio, y, además, ya era tarde. Por cierto comenzaba a soplar un airecillo más bien helado y no era el caso de pescar una gripe; de manera que aún los más rezagados se fueron despidiendo. Los señores, hablando de la guerra, del alza de los precios y de lo bien que andaban los negocios; las señoras, indignadas aún del alboroto, prometiéndose todas, a su turno, llamarse por teléfono al día siguiente para indagar noticias; si bien, ya en el vestíbulo, detuviéronse un rato para hincarle aún los dientes a la infeliz causante de aquel revuelo.

—¡Qué bochorno!

—¡Quién nos lo iba a decir!  
—¡Con esos aires de honorabilidad!  
—¡Mira, me alegro! ¡Ya me tenía cansada con ese cuento de la raza aria pura!  
—¡Malhaya la pureza!  
—¡Imagínate!... ¡Parece que la cosa fué con un negro...!  
—¿Ese era el odio que les tenía?  
—¡Pues vaya un asco!

Finalmente se fueron.

En la calle quedó, como una rúbrica, la nube acre del humo que dejaban los autos.

La terraza había quedado desierta. Los empleados comenzaron a prisa su tarea de limpieza. Y, mientras unos recogían la vajilla, los otros empujaban las mesas y barrían los residuos. Menos mal que ya podrían retirarse. Un sueño largo les vendría de perillas. Al fin de cuentas les había convenido aquel bochinche de la señora de Rosenberg puesto que otras verbenas proseguían hasta el alba. Unos señores que estaban en el bar eran los únicos que insistían en quedarse, pero, al cabo de poco, protestaron sepa Dios por qué causa y se marcharon furiosos. Ya sólo había quedado, allá distante, con su pipa en los labios, aquel viejo doctor. ¿En qué pensaba? ¿Hasta qué hora pensaría continuar en la terraza? Los empleados estaban ya habituados a esa y otras manías. Allí solito vería salir la aurora. Ellos en cambio tenían que apresurarse. ¿Qué les podía importar que el buen anciano se expusiera al sereno toda la noche?

En efecto, el doctor no parecía darse prisa. Ter-

minado el bullicio y la malsana curiosidad de la gente. prefería meditar sobre el percance de la señora de Rosenberg.

Tenía él muy pocos años de vivir en el Istmo. La barbarie europea lo había empujado hasta América con una enorme "J" en su pasaporte: JUDIO. Y había tenido que abandonar la clínica que tenía en Viena acusado de enemigo del régimen por haber atendido a varios prófugos. Sufrió mil sinsabores y escapó por fortuna de aquel infierno. En el Istmo, después del noviciado en las provincias centrales, pasó a la Capital; prestó servicios como médico interno; dió señales de ser un buen neurólogo, y al fin logró el permiso para poner su clínica psicoanalítica. No tardó mucho tiempo en abrirse campo. Su clientela, formada casi toda por señoras neuróticas y adineradas, creció rápidamente. De ese mismo contacto con el gran mundo consiguió gran prestigio y posición económica.

Desde antes de tratarla, ya tenía referencias de la señora de Rosenberg. Ella, a pesar de que llevaba sangre judía en las venas, repudiaba su raza; figuraba como alemana pura, y evitaba todo posible contacto con refugiados semitas. Se sabía que era partidaria del *nuevo orden* y de la fe racista y que, debido al accidente de que fué víctima, no fué llevada a un campo de concentración al declararse la guerra. Un abogado truhán y amistades valiosas la ayudaron a salvar su negocio. A pesar de ello, cuando ya se vió libre del gran riesgo, comenzó a darse tono y a burlarse de los judíos refugiados. Por eso al doctor Serge no le era muy simpática la arrogante viuda.

Fué grande su sorpresa cuando se le anunció que la señora de Rosenberg deseaba verlo. Su primera reacción fué tan violenta que se negó a atenderla. La enfermera se quedó extrañadísima (la señora estaba allí en el despacho a pocos pasos, podía haber escuchado) pero cumplió las órdenes, trasmitiéndolas a su manera: El doctor Serge tenía otro compromiso; no le sería posible recibir a la señora de Rosenberg. La orgullosa alemana, que no esperaba aquello, sintióse herida. ¿Cómo? ¿No quería darle audiencia el doctorzuelo judío? ¡Pues, nada de eso! ¡Tendría que recibirla de todos modos! Y, empujada por su propia soberbia, entró de golpe al gabinete privado del doctor Serge. Sorprendido a su vez, el buen neurólogo estuvo a punto de mandarla al demonio, pero mejor optó por refrenarse.

—¡Usted perdone, doctor, pero es urgente! —dijo ella.

—¿En qué la puedo servir? ¿No le anunciaron que tengo un compromiso?

Entre tanto, la cohibida enfermera se volvía toda gestos desde la puerta tratando de excusarse ante el médico y procurando indicarle que aquella irreflexiva paciente debía estar loca.

La opulenta matrona se había dejado caer sobre un diván y respiraba con gran dificultad. Al verle el rostro de angustia que la asfixia le producía, el doctor Serge sintió cierta gozosa piedad. Y, dominando su enfado, le dijo a la enfermera:

—Tráigale un vaso de agua.

Ejecutada la orden, la enfermera salió.

Restablecida, la señora de Rosenberg procuró ser amable con el doctor, y contestó a sus preguntas sin alterarse ni dejar de mentirle en algunos datos como en el de la edad. El doctor Serge la dejó fantasear. Ya comenzaba a interesarle el asunto. Pero cuando ella dijo que había sido paciente del doctor Vieto, interrumpió la consulta.

—En ese caso debe usted perdonarme, señora, pero me es imposible atenderla.

La señora insistió. Sólo un neurólogo como él podía estudiar sus trastornos. Ella sabía muy bien que sus dolencias eran de índole psíquica. Y además — “Aquel médico será un buen cirujano, pero no entiende nada de complejos anímicos ni cree en el psicoanálisis... Usted comprenderá... No hace otra cosa que chancearse conmigo... ¡Imagínese!... Dices que los conflictos psíquicos son mistificaciones propias de gente rica... Que yo no tengo nada, que estoy sana y más robusta que un buey... ¡Insufrible!...

¿Qué culpa tenía ella si a pesar de haber estado tan grave había logrado recuperar su brío y su fortaleza?

—Estuve casi de muerte, doctor... Hubiera visto qué herida!... Perdí toda mi sangre... Mire, aquí... Fué en la nuca... Aún puede verse la cicatriz...

—Sí, sí... Yo no le niego que sea verdad... Pero si quiere que la atienda, tráigame una autorización del doctor Vieto.

—No hace falta... Fué él mismo quien me recomendó...

—¡Acabemos...! ¿No será otra mentira?

La señora quiso montar de nuevo sobre las furias, pero, ya dominada, se aproximó al teléfono y, al fin de mil protestas contra el servicio, conectó a ambos doctores. Y, claro, el doctor Vieto se mostró entusiasmado con aquel cambio. Sí, era él mismo quien lo había sugerido.

—¡Por supuesto, me parece magnífico!... Lo que ella necesita es distraerse, conversar con alguno que esté dispuesto a oírle sus chilladuras... Ya usted comprenderá que está más sana que un buey... De todos modos, véngase por acá para mostrarle el historial clínico de esa señora... Hay ciertas cosas que ella debe ignorar... ¡Se lo advierto!... Pero hágame el favor de no decirle a ella nada... Después usted sabrá... Sí, venga a verme cuando lo crea oportuno...

El doctor Serge agradeció la atención y prometió la visita para muy pronto.

En las facciones de la señora de Rosenberg creyó el doctor notar una infantil alegría. Seguramente se sentía satisfecha. Había triunfado. Y aún haciendo un esfuerzo contra su orgullo no tuvo más remedio que confesarle la gran confianza que ponía en él.

—Sí, doctor, en sus manos me sentiré mejor. ¡Ya lo presiento! ¡No hay duda!

El doctor Serge le exigió a su paciente, como primera instancia, un detallado recuento de sus dolencias, pero como éstas estaban muy ligadas a peripecias cotidianas, ella se vio obligada a relatarle su vida.

Había salido de Alemania cuando apenas comenzaba el nuevo orden, contratada con otros profesores para un colegio alemán de Guatemala. Ella era joven



aún y se sentía adalid de la nueva fe. Sus compañeros la molestaban mucho por su gran corpulencia y por su paso marcial. Decíanle que su fe era tan grande que hasta en el caminar había adoptado el paso de ganso. Usaba lentes de Carey y sus vestidos eran severos. No transigía con nada que fuese en contra del nuevo credo. Fué un viaje tan feliz que aún seguía siendo uno de sus recuerdos predilectos. Sobre todo porque en la travesía se enamoró de uno de aquellos inolvidables compañeros de grupo, el profesor Hermann Rosenberg, quien fué más tarde su esposo. Vivieron varios años en Guatemala dedicados a la enseñanza, y educando, a su vez, a los mellizos que les habían nacido del matrimonio. No quisieron más hijos porque los dos muchachos bastaban para su dicha. Verdad es que el nuevo orden exigía muchos hijos, pero eso era en el Reich y no en la América. Los mellizos crecieron tan robustos que daba gusto verlos. Llevaban ya quince años en Guatemala cuando el buen Hermann Rosenberg vió cumplido su anhelo de prestarle su colaboración al Fuehrer: Fué nombrado agente de propaganda en Centro América con residencia en las cercanías del Canal. Se trasladaron a Panamá. Allí la dicha les fué más placentera porque hicieron fortuna. Como ella era mujer emprendedora y poco amiga de estar ociosa, abrió un pequeño almacén de novedades que obtuvo una acogida sin precedentes entre el mundo elegante. ("No olvide usted doctor, que el señor Rosenberg era también adjunto a la Embajada Alemana".) La tienda fué creciendo y convirtiéndose de pronto en la suntuosa CASA DE MODAS ROSENBERG. Todo marchaba bien, y, como Hitler dió

en invadir a Europa, los señores de Rosenberg se prometían un porvenir halagüeño. Los muchachos, que eran ya unos fornidos mocetones, recibieron dos becas especiales del Tercer Reich para estudiar en Berlín. Era un regalo del Fuehrer, y el señor Rosenberg quiso ir él en persona a llevar a los “niños”, con la alegre esperanza de estrecharle la mano a “nuestro Fuehrer”. La señora de Rosenberg habría deseado tanto hacer el viaje en compañía de su esposo y de sus hijos, pero no fué posible. Ella tenía que permanecer en el Istmo para atender el almacén y los asuntos secretos.—El barco en que viajaban los Rosenberg tenía bandera yanqui. Habrían deseado hacer el viaje en un buen trasatlántico de la HAMBURG AMERICAN LINE, pero órdenes son órdenes. El fiel agente alemán llevaba la importante misión de investigar el paquebot yanqui. Hacía diez días apenas que había zarpado cuando estalló la guerra. Surgieron del océano miles de submarinos que a lo mejor estaban al acecho para ese gran momento. Bombas, fuego, torpedos. ¡El maremagnum! La señora de Rosenberg no pegaba los ojos. Estaba nerviosísima. Pasó noches de insomnio desde el instante de la declaración de guerra. ¿Para qué diablos se les habría ocurrido hacer ese viaje? ¿No estaban más tranquilos en Panamá? Una mañana llamaron por teléfono al almacén. Eran las doce del día. Las empleadas habían salido todas. La señora de Rosenberg estaba preparando las cuentas y esperando su Plymouth. ¿Por qué tardaba ese auto? Hacía muy poco que, por recomendación de una amiga, había admitido a su servicio a un chofer antillano. No le agradaban mucho los negros a la señora de Rosenberg.

Más bien los despreciaba. Le producían un desagrado especial. Pero eran por lo menos sumisos. Y, además, el tal Joe caía simpático. Era un hombre fornido, muy robusto, con una amplia sonrisa que dejaba entrever su dentadura blanca y bien alineada. ¿Por qué se demoraba? Había ido a hacer el cambio de batería, pero, caramba, ya debía estar de vuelta. ¡Maldito negro! ¡Todos eran iguales! En ese lapso había sonado el teléfono. La señora creyó que a lo mejor era Joe para anunciarle algún nuevo percance con las autoridades o sabe Dios qué enredo. Pero no era el chofer. (“A ver, ¿quién habla? De la Embajada, sí...”) Le transmitieron la tremenda noticia. El trasatlántico en que viajaban los suyos... sí, sí... lo habían hundido... sí, sí... No había podido salvarse nadie... ¡Mein Gott!... No volvería ella a ver a sus dos hijos ni a su adorado Hermann . . . Habían hallado la muerte producida por bombas alemanas... Sus mismos compatriotas le quitaban la dicha a la señora de Rosenberg... Pero era un sacrificio en honor del Fuehrer... ¡Heil Hitler!... Ella sintió que todo le daba vueltas... Perdió el conocimiento... Cayó pesadamente de espaldas... Y ya no supo más... Se había enterado más tarde que, al caer de aquel modo, su nuca fué a golpear precisamente sobre un objeto de hierro que le produjo una gravísima herida... Quedó allí sin sentido hasta la hora en que llegó su automóvil. Afortunadamente el chofer tenía consigo una llave; al abrir, vió a la señora tendida sobre un charco de sangre; y, suponiendo que se trataba de un crimen, llamó a la policía. Vino el agente de turno. Llegaron las empleadas. Se aglomeró la gente. Soli-

citaron una camilla al Hospital. Pero una empleada aconsejó apresurarse. La más leve demora podría serle fatal a la señora de Rosenberg. ¡Pobrecita! Ya había perdido tanta sangre. De manera que entre Joe, las empleadas y el policía la condujeron al auto. Y, ya en él (¡Apura, Joe!) al Hospital... El doctor Vieto, llamado a tiempo, ordenó hacerle una transfusión de sangre... Ella, inconsciente, no se enteró de nada... Menos mal que el Doctor hizo milagros, pues, de allí a poco tiempo, la señora pudo salir al campo en calidad de convaleciente... Descanso, sol, mucho aire y nutrición le aconsejó el doctor... Siguiendo el régimen recuperó sus fuerzas, se sintió como nunca y regresó al almacén... Sin embargo, desde hacía varios días había empezado a soñar las pesadillas más raras... Eran algo nunca experimentado... Salía de ellas jadeante, sudorosa, deshecha... Sentía en la nuca la sensación de que iba a hundirse de pronto en un abismo del que ya no saldría... Era horrendo, terrible... Aquel conflicto la podría enloquecer...

Al terminar su relato, la paciente respiraba con ansias, trasudaba.

El doctor Serge le ofreció nuevamente un vaso de agua.

—¡Cálmese usted! ¡No tema! Pero... dígame. ¿por qué imagina usted que se halla al margen de la locura?

—No sé... Esas pesadillas horribles... Les tengo tal horror que no me atrevo a dormir... Paso a veces gran parte de la noche en un forzado desvelo... Pero el sueño me rinde finalmente y me sumerjo en la inaudita visión... Muchas veces despierto

to de esos sueños lanzando agudos gritos y con cierta opresión muy parecida a la asfixia... Mi doncella tiene que fricciónarme con alcohol y hacerme oler amoníaco... Después respiro fuerte, cobro alientos y me siento mejor... Pero si vuelvo a dormirme, se repite la pesadilla con más intensidad... Es horroroso, doctor... ¡Sí, yo presiento que voy a enloquecer!

—Bueno... Veamos... Procure usted contarme sus pesadillas... No trate de mentirme... Sería inútil y hasta perjudicial... Es preciso que usted las cuente en orden y con exactitud... No omita nada, por grotesco que sea, ni mucho menos detalles bochornosos. ¡Sí, es preciso que usted lo cuente todo!

—¡No, doctor! ¡No, doctor! ¡Me pide usted lo imposible!

—¿Por qué? ¿Sus pesadillas son entonces (¿cómo decirle?) obscenas?

La señora de Rosenberg bajó el rostro afligida. Su exuberante busto subía y bajaba como órgano de iglesia. Temblaba toda. Se estremecía a intervalos como si la atacara la fiebre. Al fin habló sin levantar la cabeza.

—Yo debo estar pagando algún pecado, doctor... Sí, debe ser como un castigo del cielo... Ya usted sabe muy bien que no transijo en los asuntos raciales... siempre fui partidaria de la raza aria pura... Por eso, en Alemania, odié a la raza judía... Siempre la ví como una raza plebeya... (Usted perdone, doctor...) Luego, más tarde, cuando me vine a América, noté la mezcolanza de razas que hay en el Istmo... la gran desproporción del tipo blanco en relación con los negros... Y, debo confesarlo, sentí la imprescindible necesidad de

que triunfara el nuevo orden... Había que exterminar todas las razas de extracción inferior... Y, sobre todo, a los negros... Yo los he visto siempre en mi concepto como una raza esclava... Por eso los detesto... Me producen cierto asco, cierta especie de repulsión... Y, ahora, tengo un miedo angustioso de que se verifique en mí lo que imagino... No puedo ni pensarlo... Sería horrible, doctor... Esta obsesión es un castigo del cielo contra mi orgullo vacuo. Pero, no puede ser... ¡Es necesario que no suceda!

—¿Qué es lo que teme usted?

—¡Me da vergüenza decirlo!

—Haga un esfuerzo.

—Doctor, ¿cómo expresarlo? ¡Me estoy volviendo... negra!

El doctor Serge no pudo reprimir una carcajada. Jamás había escuchado un despropósito más absurdo.

La señora de Rosenberg sudaba. Se sentía deprimida, humillada, con ganas de llorar. ¿Por qué motivo aquel doctor tan adusto se reía como un idiota cualquiera? ¿Se burlaba él acaso de sus complicaciones? ¡Al diablo el viejo tonto! ¡Judío al fin!

Menos mal que ya el doctor había cortado su risa.

—Pero, dígame usted, señora mía, ¿cuando demonios ha visto que ninguna persona cambie de piel o de color como quien cambia de ropa? ¡Ni que fuéramos camaleones!

—¡Sí, sí! ¡Yo los he visto! Aquí en el Istmo se han dado varios casos. Van cubriéndose de enormes manchas negras y al fin se ponen prietos.

—Y, dígame, señora, ¿ya ha notado en su cuerpo de tales manchas?

—Sí, algunas... pequeñas...

—¿Me las puede mostrar?

—Son muy pequeñas, doctor. Se burlaría usted de mí. Ya se ha reído bastante. Mejor es que le cuente mis pesadillas, sólo entonces dejará de reírse. Estoy segura de que ha de interesarle mi extraño caso. Ya verá... Ya verá...

—Sí, me interesa... ¡Me interesa muchísimo... Puede usted comenzar...

Tomó su lápiz y se dispuso a oírla.

La señora respiró con afán; se enjugó el rostro; y procuró ordenar, antes que nada, el laberinto de imágenes —confuso, indescifrable— que era su mundo onírico.

Por fin se decidió:

—¿No ha visto usted alguna de esas películas de títeres animados de las que surge un mundo de colores y de juguetería?

—Sí, señora, pero...

—No se impaciente... Verá... Mi primer sueño fué algo muy parecido... Me veía pequeñita como Alicia en el país de las maravillas y caminaba con gran dificultad sobre un declive inestable... Yo subía lentamente y haciendo un gran esfuerzo por entre dos hileras de columnas muy blancas... Me dirigía, jadeante, hacia la cúspide, donde se destacaba, sobre un cielo rojizo, una gran cruz plateada, resplandeciente... Era una especie de Gólgota... Lo que más me extraña, ha era que el Cristo no era el rubio Mesías magro y doliente, sino un negro fornido... Como yo estaba lejos, no podía distinguirlo debidamente, pero algo me decía que él se burlaba de mí, que me alentaba con

cierta picardía como gozoso de que yo padeciera... Aquel ascenso era duro y agotador... Yo notaba que mis dos pies se hundían en una masa maleable... No era fango ni cera, pues de pronto advertí que iba subiendo sobre un rojo calvario de carne humana... Pero hallaba a mi paso agudas puntas hirientes como lanzas... La loma iba erizándose de espinas cada vez más enormes... Yo sentía que sangraba por pies y manos... Mas, al fluír, mi sangre no me causaba pena sino más bien placer... Y, a lo lejos, oía un rumor curioso que aumentaba, aumentaba... Parecía de tambores... De repente estalló una carcajada de increíble volumen como si la emitiera un gigantesco amplificador... Y la gran loma erizada comenzó a estremecerse como sobrecogida por un gran terremoto... Los vaivenes de aquella masa amorfa me hicieron dar mil saltos y por fin me lanzaron en el espacio... Mientras caía al abismo seguía oyendo la infernal carcajada, y entonces me di cuenta de haber salido de la boca de un negro... La masa movediza por la que había ascendido era su lengua y las columnas sus dientes... Y aquel ciclope negro se reía, se reía... Me desperté horrorizada... Pero mi gran sorpresa fué que, aún estando despierta, seguía oyendo la risa desesperante... Toqué el timbre, nerviosa, y, al entrar mi doncella, le pregunté quién se reía de esa manera sarcástica... Y, ella, muerta de risa, me contestó: "Es Joe, el chofer, que nos divierte bailando "jitterbug"... Algunas horas después, cuando fuí a entrar al auto, vi la cara sonriente del antillano, y parecióme notar que me miraba con cierta picardía... Parecerá algo absurdo, pero la cara de él era la misma que ha-



bra visto en mi sueño... Todo aquello me pareció muy raro, y, por supuesto, me invadió un desagrado definitivamente invencible...

Fatigada, quedó un rato en silencio. El doctor Serge parecía interesado tomando apuntes, y, sin alzar el rostro, la ordenó:

—Siga usted.

—Al día siguiente tuve el segundo sueño... Oía una música vocinglera, estridente... Y, atraída por ella fui internándome en corredores sin fin... Eran pasillos muy largos que no acababan nunca... Yo seguía tras el ritmo, fascinada, nerviosa... De repente me encontré en una iglesia de caprichosos arcos muy luminosos y oí un coro de negros en el que a veces las voces se alejaban hasta perderse o regresaban de súbito mezcladas a un estruendo de bombos y platillos... Luego me ví rodeada de mujeres y de hombres de color que parecían en plena África... Saltaban, se movían, hacían cabriolas... Y sudaban, habían... En medio de ellos bailaba Joe, reído... Todos ellos parecían epilépticos... Queriendo refrenarlos, yo comencé a gritarles: ¡Basta ya! ¡Basta ya!... Pero era inútil... Aquel ritmo podía más que mis gritos... Y tan irresistible fué la mágica zambra, que empecé a hacer cabriolas y a dar brincos, presa de cruel insania... No podía detenerme... Y uní mi voz al coro con tal vehemencia que mis cuerdas vocales se proyectaron fuera de mi garganta... Vibraban a medida que subían mis aullidos... Por instantes se iban haciendo tensas como si enormes dedos las estiraran... Iban ya a reventarse, ya las sentía estallar... En ese instante pude salir del sueño... Estaba exhausta, su-

daba... Y aún creí percibir entre mis ropas el mal olor que despedía aquella gente...

—No oyó ninguna música al despertarse?

—No doctor. Si la hubo, sería mientras dormía.

—Sí, es posible... Alguna radio vecina...

—Probablemente.

—Y su primera reacción después del sueño ¿cuál fué? ¿Quiere decírmela?

—Sentí un asco profundo contra mí, contra mi cuerpo, ya que seguía sintiendo, aún bien despierta, aquella especie de tufo a sobaquina... Pensé que, a lo mejor, entre mis sábanas... mi doncella... no sé... Como ella misma acomodaba mis ropas... Todo eso era posible... Sin embargo, me demoré en el baño, friccionándome con jabón de azucenas; me empolvé todo el cuerpo; me eché luego unas gotas de mi mejor perfume... Respiré satisfecha... Y, convencida de haberme equivocado, salí a hacer unas compras... Yo recuerdo que hizo un día sofocante... Volví a casa sudando... Y, al cambiarme, sentí de pronto el tufo de mis axilas... Me volví como loca... Corrí de nuevo al baño... Oh, qué bochorno, ya no podía dudar... Era mi cuerpo el que exhalaba el hedor... Desde entonces creí notar que mis mejores amigas y aún mis clientes se mantenían distantes... Huían de mi hedentina... ¡Que vergüenza, doctor!... Para calmarla no tuve más remedio que recurrir al uso de deodorantes... Y fué desde esa fecha cuando empecé a notar que iba volviéndome negra....

—Es un trastorno curioso. Sin embargo, tranquilícese usted... ¿Tuvo otros sueños?

Sí, doctor, no enseguida, sino dos días después...

Debo advertirle que la noche siguiente la pasé desvelada por temor a mis sueños... Luego, en el almacén, durante el día, llevé un trajín enojoso... Sin embargo, esa noche, tuve que ir a una fiesta, me bebí algunas copas y regresé algo tarde... No hice más que acostarme y, al minuto, me sumí como en un sueño de plomo... Sufrí entonces mi tercera pesadilla... Me encontraba en una tienda de modas que era y no era la mía... Veía detalles que me la recordaban, pero era más lujosa y enorme... Lo más extraño era la clase de mercancía en venta... Objetos raros del África, elefantes, pajarracos horribles y máscaras grotescas... Entre el nutrido público que inundaba la tienda ví a unas americanas en uniforme... Yo, en mi sueño, les tenía cierta inquina no sé por qué... Les notaba cierto aire de soberbia que me chocaba... Y decidí demostrarles que era una impertinencia tal arrogancia, porque al fin y al cabo la raza aria se impondría sobre el mundo... Me aproximé a atenderlas, y, refinando mi inglés, hice el elogio de mi mercadería: "Lo más chic de Sudáfrica, señoras... elefantes del más fino nylón..." Pero sentí que mi voz no era mi voz, era otra... Sonaba altisonante y desagradable, como si la que hablara no fuera yo sino una verdulera antillana... Noté que, al escucharme, cuchichearon con marcado sarcasmo... Yo procuré insistir avalorando la calidad de mis máscaras... Pero mi voz seguía tornándose áspera... Se rieron todas con un tono de mofa que me ofendió... No lo podía tolerar, y, ciega de ira, me lancé a apostrofarlas, sólo que les hablaba en puro slang antillano . . .

Todo el público y, más aún, mis empleadas, se echaron a reír... Eran torrentes de risa, carcajadas histéricas, aullidos... Y en medio del estruendo infernal yo oía un agudo alarido que no acababa nunca... Pensé que era el sonido de la sirena de alarma... Pero intuí de pronto que lo que hacía ese ruido era sin duda la bocina de mi auto... Miré sobre el gentío y ví a lo lejos a Joe, muerto de risa, sonando el claxon... Me entró una furia tal que me lancé contra él... En la carrera, tropecé con un mueble, me caí, di tres saltos y recibí en la nuca un golpe fuerte que me privó... Me ví rodeada de enfermeras y médicos... Distinguí entre estos últimos al doctor Vieto, con su túnica blanca, quien se me aproximaba trayendo entre las manos una enorme inyección y me decía muy reído: “¡Voy a pintar tu sangre de negro para ver si resulta mi experimento!”... Le pregunté de qué se trataba; me respondió: “¡Voy a volverte negra para que seas jovial y más humana!”... Protesté... Me debatí enfurecida... Pero me habían ligado... Todo esfuerzo era inútil... Y el doctor se acercaba... Pero no era el doctor, era Joe el negro disfrazado de médico... Yo miraba asustada aquella enorme inyección y daba gritos de pánico... El, sonriendo, se aproximó hasta mí... Me alzó la blusa (¡que horror!) y, zás, de golpe, me clavó la inyección en pleno vientre... Sentí un fuego, un ardor que me corría por las venas... Y comprendí enseguida que mi piel se iba cubriendo de manchas como la de un leopardo... ¡Qué tormento, imagine! ¡Sentía mi blanca piel toda veteada de ne-

gro!... Probé una atroz angustia... Aquellas manchas se extendían poco a poco, se unían unas con otras, me iban cubriendo el cuerpo... Y, de repente, yo me vi sin mirarme-- toda negra y salvaje... Lancé un aullido trágico y desperté... Tenía la ropa sudada, y mi primera impresión me hizo pensar que lo que yo había sudado era pura tinta... Corrí, nerviosa, al espejo, y me miré todo el cuerpo... Sólo hallé unas manchitas como lunares... No eran muchas, era una, pero de todos modos compré varias pomadas contra las manchas... Debía estar prevenida porque ya prevenía mi sino triste... Yo iba a volverme negra... No tenía escapatoria...

--¿Y ha notado otras manchas después de aquella?

--Sí, doctor, ya le he dicho. Se van haciendo grandes.

--Déjeme examinarlas.

Con fingido pudor y a duras penas ella desabrochóse el busto enorme y le mostró compungida una gran mancha sanguínea, amoratada.

--Ya me lo imaginaba --dijo el médico--: se ha frotado la piel con toda clase de ungüentos y se la está irritando. Se ha provocado usted una necrosis.

--¿Y eso viene de negro?

--No, de muerte, de mortificación. Pero, sigamos. ¿Tuvo usted otro sueño?

--¡Sí! Fué anoche... ¡Qué pesadilla horrenda!

--¿Me la quiere narrar?

--No sé si debo, doctor...

—¡Haga un esfuerzo!

—Sentía un olor a guiso, tan agradable, que despertó mi apetito... Veía una cinta de humo culebreando ante mí para atraerme como he visto en los cines... Fui siguiendo tras la azul hebra de humo... Y poco a poco me acerqué a la cocina... La negra cocinera me saludó como si se tratase de alguna vieja amistad... Tal irrespeto, me pareció extraño... Sobre todo porque le había prohibido hacer en casa menjunjes como aquél... Pero no hice gran caso, por oler la fragancia del sabroso guisado... La vieja cocinera lo revolvía tranquila, indiferente, tarareando un cantito... ¡Qué olor más agradable!... ¡Sentí un hambre terrible! —¡Sírreme un poco de eso —le dije—. Me sirvió... Yo devoré la ración golosamente y me relamí de gusto... —“Qué comida tan rica, ¿de qué la has hecho?” Me miró sonreída: “¡Bacalao, mi señora, plato de negro!”... Me sentí avergonzada... Pero me entró de pronto un entusiasmo jovial, resuelta a todo, y comencé a canturrear a voz en cuello: “¡Holden you! holden you!”... Me hallé de golpe en una fiesta de negros en compañía de Joe... Ya no lo odiaba... Nos comprendíamos bien... Cruzábamos frente a hileras de mesas que contenían los más variados manjares... Yo deseaba probar de aquellas cosas... Y Joe me iba obsequiando de todo un poco... Ví en una enorme cesta unas frutitas amarillas, brillantes... Oh, pero no eran frutas, eran ajíes picantes... Sentí un capricho loco de comer, de picarme... Me arrojé sobre el cesto y empecé a atragantarme codiciosa...

¡Qué fuego en todo el cuerpo!... Ya los labios me ardían y se me hinchaban como labios de negra... Me vino una gran sed... Y me ofrecieron de un vino tenue, dulce, amoratado, que llamaban serril... Bebí con ansias y derramé una parte... Me corría por el cuello, por el seno y el vientre... De pronto se elevó en el vasto ambiente un solo coro en el que todos repetían incansables la misma frase: "Calalú, calalú... Ají, ají... Calalú, calalú... Ají, ají... El negro Joe se me acercó lujurioso... Los demás ya bailaban con saltos espasmódicos... Y yo bailé con Joe... Sentía la fuerte presión de sus dos brazos y respiraba su hedor a selvajina... Le miré la gran boca llena de risa... Me estremecí jadeante... Y él me estampó en la boca un beso fuerte, carnoso, penetrante. Me desperté angustiada... Y al regustar aún sobre mis labios el sabor de los suyos, me invadió tal disgusto, que me arrojé del lecho y fui a enjuagarme precipitadamente... Me di en imaginar que el negro Joe podía ser un adepto a la magia negra o al rito del vudú... ¡Tenía que ser así... El era quien me estaba embrujando... Y, así, a medio vestir, cubierta apenas con mi bata, de noche, lo llamé a mi despacho y lo despedí... El pobre tonto se quedó consternado... ¿Por qué lo licenciaba?... No había hecho nada malo... Oh, al contrario, debía aumentarle el sueldo.... ¡Qué cinismo....! Lo hice salir, furiosa, y, afortunadamente, se marchó sin chistar... Corrí a bañarme, libre ya de su influjo... Pero ahora temo más... Puede vengarse... Quizá qué pesadillas logre infundirme... Yo enloquezco, doctor

Debo decirle que esa transformación que va operándose en mí sigue un proceso lento pero fatal... Ya no me atrevo a conversar en inglés, pues cuando lo hago me vuelvo tartamuda y sólo acierto a balbucir tonterías...

—Son sus nervios, señora...

—Sí, lo mismo me dice el doctor Vieto, pero qué diría usted si le confieso que hasta el cabello se me ha vuelto correoso?

—Será porque ha abusado del jabón... La potasa... Usted sabe...

—¡Oh, doctor!... ¡Es tremendo!... Me estoy volviendo negra.

—No pretendo contradecir su tesis... Por ahora déjeme usted el tiempo suficiente para intentar al menos un análisis del material onírico... Venga a verme mañana...

Cuando la introdujeron, ese otro día, al despacho, vió al doctor preocupado. ¿Habría encontrado la solución? La hizo sentar frente a él. Y ella notó que iba a decirle algo horrendo. No hallaba las palabras. Se notaba. Le hablaba de mil tópicos sin entrar en materia. (Hacía un calor, endiablado.) Finalmente pareció decidirse:

—Debe usted prepararse, señora, debo darle una noticia tremenda... Procure refrenarse y no se aflija, que todo saldrá bien... Vengo ahora mismo de ver al doctor Vieto... He sostenido con él una movida conversación... No hemos estado de acuerdo... Sin embargo, creo que el único medio de curarla es declarándole una verdad que usted debió conocer desde



hace tiempo... Sólo su subconsciente está enterado de esa verdad, pues sus sentidos se apercibieron de ella cuando usted se encontraba en una especie de coma... Fué durante el colapso que usted sufrió al caerse y producirse una herida. Para ser más exactos, verifíquese, mientras le practicaban la trasfusión... En el substracto de su mundo interior luchan dos fuerzas opuestas... Ese choque continuo constituye la causa de su trastorno... Es necesario que afronte usted cuanto antes la realidad... El psicoanálisis se basa casi siempre en extracciones de verdades ocultas, dolorosas, que actúan contra el sujeto desde los bajos fondos del subconsciente... Mientras no se las haga llegar a la conciencia seguirán allí ocultas produciendo esos complejos anímicos y esos sueños terríficos que usted me ha relatado... ¿Está dispuesta a conocer la verdad?

A la señora de Rosenberg se le helaron las manos. No podía resolverse. Iba invadiéndola una penosa agonía. Su irrefrenable curiosidad se impuso al fin.

—¡Estoy resuelta! — repuso.

¿Cuál sería esa verdad tan tremebunda que iban a revelarles? Tenía que ser muy grave para tanto misterio... A lo mejor el doctor había entrevisto en sus sueños sus pasiones ocultas... ¡Oh vergüenza!... No se atrevía a mirarlo... Lo escuchaba con la cabeza baja, y así estuvo mientras hablaba el médico.

La voz sonaba cauta:

—El doctor Vieto me ha contado en detalle lo de la trasfusión... Y como quiero que usted se entere de ello lo menos bruscamente posible, le narraré la escena desde el preciso instante en que a usted la

dejaron semi-inconsciente en una cama del Hospital. Había perdido gran cantidad de sangre. Usted estaba entre la vida y la muerte. Era cuestión de minutos. Y así lo comprendieron las enfermeras al escuchar las órdenes del doctor Vieto: “¡Trasfusión! ¡Emergencia! ¡Pidan donantes!” No existía en ese tiempo el banco de sangre ni había plasmas sanguíneos bien ordenados... Había que recurrir a los muy escasos donantes que se ofrecían. Probaron con algunos, pero sin resultados satisfactorios. Y lo grave del caso era que usted iba perdiendo las fuerzas. ¿Qué hacer? El doctor Vieto ya perdía la esperanza. Se movía por la sala, nervioso, trastornado. Ya usted sabe cómo la estima a usted. En ese instante le anunció la enfermera que alguien se había ofrecido espontáneamente. Era un donante de sangre universal. El doctor Vieto se volvió todo júbilo. “¡Pronto! ¡Hágalo pasar!”... Y entró el donante de sangre... Usted, señora, nunca llegó a saber quién dió su sangre para salvarla... Quizás ha sido injusta con él... Esa es la cruda verdad que le ocultaron y que voy a decirle... Aquel donante, señora, era Joe el negro, su robusto chofer...

Anonadada, la exuberante señora lanzó un grito sordo. Tan enorme le resultaba aquello que no pensó siquiera en un posible desmayo. El doctor Serge la miró retorcerse como un boa herido.

Suspiraba. Silbaba.

—¡Qué desgracia! ¡Qué infamia!

¿Era posible que hubieran hecho aquello con ella?

—Ya le he dicho, señora, se trataba de su vida o su muerte.

—Mejor hubiera sido morir.

—No sea insensata, señora. Trate de dominarse... La primera reacción... así de golpe... comprendo... Pero no es para tanto... Se pone usted tan mala como si el doctor Vieto la hubiera transformado en un monstruo...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Esa es la palabra! ¡Me ha irracionalizado!

—Sus escrúpulos me parecen ridículos... Ya sabe usted muy bien que la pigmentación de la piel no tiene nada que ver con una sangre o con otra... Ya eso está demostrado perfectamente . . . Frene, pues, esos nervios y escúcheme... El trastorno de usted tiene su origen en esa lucha interna de dos fuerzas contradictorias: Un yo que odia a los negros y otro yo agradecido, simpatizante, humano... Procure comprenderme: Cuando le trasfundieron la “odiada” sangre de Joe, sufría usted un estado de transición entre la vida y el sueño... Sus sentidos captaban la realidad a medias... Y fué su subsciente el que ocultó avaramente todo ese gran acervo de sensaciones penosas y amorfas... Por eso fué un error no declararle los hechos... No habría sido difícil convencerla de que así debió ser... Ya ha visto, en cambio, cómo esa lucha interna de fuerzas en tensión le ha motivado un serio trastorno... Ahora ya puede hallar la explicación de sus sueños. Debe saber que Joe, el donante, sintió la sensación de ser un niño, (tan débil se encontraba por la falta de sangre), y eso le provocó un curioso ataque de risa... Aquella risa nerviosa fué un hecho insólito... Todos se contagiaron; sobre todo, porque ya

el gran peligro había pasado... De manera que médico, ayudante y enfermeras se echaron a reír... Ese es un dato que aparece en sus sueños con insistencia... Además, en su profundo sentir, desde ese instante, surgió como una especie de reconocimiento hacia el buen Joe que había ofrecido su sangre para salvarla, pero esa gratitud chocaba siempre con su prejuicio idiota contra los negros... Y esa continua lucha es el factor decisivo de su conflicto... Poco a poco, con la ayuda de usted, haré el análisis de sus distintos sueños. Quizá eso la distraiga...

La señora de Rosenberg sollozaba sumisa y angustiada. No sabía ni qué hacer ni qué pensar. La había invadido tal anonadamiento que daba pena verla. El doctor Serge no podía reprimir cierto prurito de mofa que se unía a su piedad. Seguramente la señora de Rosenberg le notó entre los labios algún vago reflejo de ese goce íntimo (sobre todo cuando la oyo decir: "Es necesario que usted le dé las gracias a su chofer!") porque, recuperando bruscamente sus bríos, lo fulminó con ojos de hiena y dirigióse a la puerta vociferando:

—¡Es una burla grosera! ¡Es un escarnio que se me ha hecho! ¡Yo veré a mi abogado! ¡El doctor Vieto me las ha de pagar! ¡Oh, ya verá lo que es bueno!

Tiró tras sí la puerta y se marchó furibunda.

El doctor Serge se quedó consternado. En ese instante apareció su enfermera muy asustada. Y era tal su expresión, que el doctor Serge dejó correr su risa espontáneamente.

Después llegó a saber que, al salir de su clínica, la señora de Rosenberg había tomado un taxi. y, roja de ira, se le había presentado al doctor Vieto en el Hospital a reclamarle su sangre. Quería de todos modos que se la devolvieran o implantaba una demanda formal. No hubo maneras de hacerla comprender su despropósito. Para colmo de males, el doctor Vieto, solterón sempiterno, venía haciéndole el juego a la soberbia matrona. De manera que, no sabiendo qué hacer, le echó la culpa de todo al doctor Serge, llamándolo imprudente y lenguaraz. ¿En qué quedaba el juramento de Hipócrates?

El asunto tuvo sus idas y venidas. Por fin, de mutuo acuerdo, resolvieron practicarle a la viuda otra transfusión. Fué difícil, puesto que la señora ponía sus condiciones. No admitía cualquier sangre. Debía ser de ario puro. Dónde diablos la iban a conseguir? Por fortuna, después de mil exámenes, resultó compatible la sangre de un marino mofletudo y enorme. Era más rubio que el más puro Sigfrido con todo y ser bien yanqui. La señora lo miró con recelo de uno y de otro costado como si se tratase de alguna mercancía. Pero, a la postre, se decidió. Se hizo en volandas la endemoniada transfusión (no fuera el caso de que se arrepintiera) y resultó tan benéfica para la paciente, que hasta aquellos doctores más inconformes tuvieron que aceptar que el caso clínico de la señora de Rosenberg debía anotarse en los anales del Hospital como una mixta y bien lograda experiencia de cirugía y psicoanálisis.

La señora de Rosenberg se fué a convalecer a un

rinconcito campestre. Ambos doctores, unidos ya en cordial amistad, iban a verla cada fin de semana. La paciente se sentía muy mejor. Sus pesadillas la dejaron en paz. Y, como todo hacía suponer que su trastorno había desaparecido, regresó al almacén.

El doctor Serge no la había visto más desde su vuelta.

Una mañana recibió una llamada del doctor Vieto. Lo invitaba para una cena en casa de la señora de Rosenberg. Le tenían preparada una gran sorpresa. No se podía excusar. Era un asunto muy íntimo que requería su presencia. Sólo estarían los tres.

El doctor Serge ya tenía un compromiso para esa noche.

—¡Oh, imposible!—repuso.—Lo lamento. Créame que lo lamento, pero debo asistir a esa verbena del Club en beneficio de los niños judíos desamparados...

—Nada de eso, doctor. Después de cena, si le parece bien, iremos juntos al Club.

Y como aún el doctor se retraía, le confesó el gran secreto:

—Queríamos darle a usted una sorpresa, pero ya que se empeña le diré que se trata de nuestro compromiso matrimonial...

En efecto, cuando llegó a la casa de la viuda ya estaban listos los cocteles. La señora ya había bebido algunos y hasta podía decirse que se había propasado. Se la veía jovial, muy femenina y acaso algo procaz. El doctor Serge pensó que, embellecida como estaba esa noche y bien trajeada, la señora de Rosenberg era indudablemente una mujer estupenda.

El doctor Vieto, sobrepasado él mismo en sus cocteles, se sentía muy feliz. Dentro de poco iba a tener un hogar. Era ya hora. Buena falta le hacía. Y había encontrado a la mujer adecuada: sana, buena y hermosa.

Cenaron y bebieron alegremente. La señora exageró sus cocteles y se sintió indisputada. El doctor Vieto le aconsejó quedarse, ya que no era prudente, en el estado en que estaba, presentarse en el Club. Pero ella estaba tan repleta de júbilo y de whisky, que no la convencieron sus argumentos. Quiso ir de todos modos y no hubo más remedio que acompañarla.

Cuando llegaron al Club ya era muy tarde, y como estaba repleto, no hallaron sitio alguno donde sentarse. Había un gentío de mil diablos. El bullicio era atroz. Música, risas, alegría y mucho alcohol. En lo que menos pensaba todo aquel público era en los pobres niños desamparados. El doctor Vieto no vio otra solución que estacionarse en el bar. Ya habría maneras de encontrar algún sitio desocupado.

Allí en el bar la locura había encontrado su cauce. Todo el mundo gritaba, daba saltos y bebía en abundancia. La señora de Rosenberg no tardó en contagiarse de aquel ambiente. Lo que más extrañaba al doctor Serge era que la señora había empezado a dar muestras de una insólita sobreexcitación. Le parecía notarle cierta proclividad hacia los gestos vulgares y procaces. De repente la señora se encaprichó en beber cerveza. El doctor Vieto se opuso severamente. Aquella mezcla podía sentarle mal. Pero ella tanto

insistió, que fué preciso complacerla enseguida. Bebió un vaso tras otro y comenzó a tatarrear "God save America". De repente derramó su cerveza, escupió al suelo y, muy contenta, lanzó un agudo "Jupy!!!" como cualquier marino. Después, sobrecogida por una repentina tristeza, se desbordó en llantitos. No había duda de que la curda era grande.

El doctor Vieto no sabía ya qué hacer. Menos mal que, como había tanta gente en el mismo estado, nadie hacía mucho caso de la señora de Rosenberg. De todos modos, allí en el bar había un calor insufferible. Tan densa era la atmósfera que hasta se respiraba con gran dificultad. Lo indispensable para ella era aire fresco, de lo contrario se iba a sentir muy mal. Y el doctor se dirigió al terrado con la esperanza de hallar alguna mesa desocupada.

El doctor Serge, que había estado observando a la señora, se le acercó piadoso:

—Usted, señora, tiene aún una gran pena.

La señora no pudo contener un estruendoso sollozo y confesó, que en efecto, todavía padecía de pesadillas por sus remordimientos. Veía siempre en sus sueños a Joe, sonriente, pero no había querido confesarlo por no causarles una desilusión.

—Ya se lo he dicho, señora. Lo que usted necesita es no ser ingrata. Debe darle las gracias a su donante.

La señora quiso aún enfurecerse, pero le vino un hipo sonoro y consiguió dominarse. Después, como cambiando de idea, sonrió benévola y decidió:

—¡Oh, es cierto! ¡Debo darle las gracias! ¡Po-



bre Joe!

El doctor Vieto volvió sin haber dado con una mesa libre. De todos modos quería hallar algún sitio cerca del mar. Pero a quién diablos pedirselo. Si hubiera un camarero a quien dirigirse. Parecían todos sordos, alocados. No querían hacer caso...

En ese instante se acercó a la señora un camarero antillano.

—¡Joe! —dijo ella— ¿Tú qué haces por aquí?

Tan espontánea y cordial fué su pregunta, que ambos doctores se miraron sonrientes. No había duda de que estaba curada. De lo contrario se habría puesto furiosa contra su fiel chofer, quien, según ella, era el causante mayor de sus trastornos.

—Yo ahora soy camarero, señora, —repuso Joe— ¿Quiere usted una mesa? ¡Inmediatamente! El iba a alejarse a prisa, muy diligente, cuando ella lo detuvo.

—¡No! ¡No!... Que vaya Serge a buscarla... Yo quiero hablar contigo. Es necesario.... Deseo darte las gracias... ¡Pobrecito!... Vamos a un sitio aparte...

Los doctores quisieron disuadirla, pero ella se obstinó. No hubo maneras de quitarle aquella idea extravagante. Y se alejó tambaleando, con Joe del brazo, hacia el salón de fumar. Menos mal que, como todos bailaban en ese instante, tal escena pasó desapercibida.. El doctor Serge convenció al doctor Vieto de que era preferible dejarla hacer su voluntad. Ella quería desahogarse. Al fin y al cabo no sería nada grave. Era posible que ella después quisiera volver a casa.

Sin embargo, como se demoraba, el doctor Vieto,

ya bastante nervioso, resolvió darle término a la grotesca comedia.

—¡Voy a ver qué sucede!— Y fué a buscarlos.

Todo aquello le parecía ridículo al doctor Serge, y estaba por marcharse, cuando oyó un alarido. Corrió hasta el saloncito y vió una escena de horror. Allí, tendido sobre la alfombra blanca, estaba Joe sobre un gran charco de sangre. La señora de Rosenberg, desgredada, demente, lanzaba unos chillidos escalofriantes.

Se aglomeró la gente.

—¿Qué pasa?

—¿Qué sucede?

La señora de Rosenberg había matado a Joe. Nadie podía entenderlo. El doctor Vieto se llevó en su automóvil a la demente.

El doctor Serge, entre tanto, reconoció el cadáver. Tenía una herida enorme en plena nuca. Un tajo que parecía causado por un hacha africana. No había nada que hacer. Ya era un asunto del Juez. Cerró la puerta al salir y le ordenó al policía que vigilara la entrada.

La espeluznante tragedia hizo que el Club quedara pronto desierto. Mientras llegaba el juez, el doctor Serge se sentó solitario en una mesa de la terraza, frente al mar, y se quedó meditando... meditando... Era tan suave la brisa...

Cuando lo despertaron advirtió con sorpresa que las primeras luces del sol naciente brillaban sobre el mar. Quiso excusarse:

—Me he quedado dormido... ¡Qué desagrado!... ¿No ha venido aún el Juez?

El camarero se le quedó mirando.

—¿Qué Juez?

—¡El que venía!... ¿No vienen siempre los jueces cuando hay crímenes?

(“¿Qué le pasa al doctor?” —pensó el empleado.)

Y en voz alta repuso:

—¡Pero si aquí no ha habido ningún crimen!

—¡Cómo va a ser!... Entonces...¿ lo habré soñado todo?...

—Lo que hubo fué el escándalo de la señora de Rosenberg...

—¡Pero, hombre!... ¿En qué quedamos? . . . ¿Lo soñé o fué verdad?

—¡Cómo! ¿No supo?

—¡No me pongas nervioso! Dime, ¿qué fué lo que hizo la señora de Rosenberg?

—Bueno... ¡Algo bochornoso!... Verá . . . ¡La sorprendieron con un zopenco negro!

—¡Caramba! ¡Eso es más grave!...

Se puso en pie de un salto.

Murmuró:

—¡Pobre Vieto!

Luego, alzando los hombros, agregó:

—Al fin y al cabo, debemos darle gracias al dios de los judíos...

Ya dispuesto a marcharse, puntualizó:

—¡Vaya un conflicto de sangre!

Y muy orondo y feliz, el doctor Serge se encaminó a su clínica.

FIN

## IMPORTANCIA DE UN REGIMEN DE ALIMENTACION BALANCEADA

El servicio médico inglés de la India, ha hecho importantes descubrimientos en relación con la nutrición, que hay que tener muy en cuenta entre nosotros.

Nacidos y criados en un mismo país, igualmente pobres y escuálidos, los naturales de la India (Indostán) y del Afganistán, son hombres altos y fornidos mientras que los de Madras son entecos y bajos de estatura.

Los primeros se alimentan por lo común, de leche en forma de requesones, carne, en pequeñas cantidades, pan moreno, verduras en abundancia, pero los segundos, raquíticos y débiles, solamente se alimentan de arroz, tamarindo, pimiento y pescado curado.

Igual experimento se ha hecho con las ratas.

Los animales alimentados desde el destete, con leche, pan blanco, dulces de frutas, carne de vaca, pescado, vegetales y legumbres, han crecido a gran estatura, buen peso, pelo áspero y brillante y extraordinaria movilidad.

En cambio, las ratas alimentadas bajo la experimentación, con arroz y verduras eran mansas, de pelo liso y de menor tamaño.

Experimentos hechos en Asia, con niños escolares durante cuatro años consecutivos, suministrándoles suficiente cantidad de Vitaminas A, B y C en los alimentos, han dado por resultado, que esos niños han crecido más robustos, más altos y de mejor peso que sus compañeros alimentados con arroz, verduras y pescado.

El régimen alimenticio inapropiado, es causa de muchas enfermedades. Por ejemplo: En la India, en los pueblos del Sur, son comunes las úlceras en el estómago y en las regiones donde se come abundante verdura, alimentos de fécula, la situación es aún peor.

Ratas alimentadas con féculas, que han tenido úlceras en el estómago, han curado luego de recibir una alimentación suficiente de vitaminas A, B y C. Las úlceras en el estómago transformadas en cáncer después de seis meses son casi incurables.

También se ha demostrado que la leche tomada diariamente evita los cálculos en la vejiga, enfermedad de que sufren el 50% de los doce millones de habitantes de Sindi en la India, por falta de leche en la alimentación. Se ha comprobado que en los Estados Unidos el índice de la tuberculosis se reduce notablemente en la población, cuando más abundante leche se toma por los niños y los adultos, en los hogares.

Esta lección no debe ser olvidada!

**Junta Nacional de Nutrición.  
Banco Agro-Pecuario.**



## A LA ORILLA DE LAS ESTATUAS MADURAS

Por Rogelio Sinán

Allí en el río era donde mejor estaba. Ni los sollozos de la tía Josefina que andaba siempre de un lado para otro quejándose del reuma, ni los gritos delgados de su madrina José María que no hacía más que darle con el chicote siempre que hacía alguna diablura, ni los recados a casa del compadre, ni el tirapié del Juez, ni el rosario, ni nada.

¡Sí, señor. Allí estaba tranquilo!

Una cosa era estar al pie del zapatero con el “Cristo A. B. C.” entre las manos —la de la horqueta era la Y, la de los palos, la U— y otra cosa era estar a la orilla del río, con su *tapón*, esperando a la tórtola.

—Muchacho, anda a comprarme tachuelitas, —le habían dicho.

Pero él había comprado maíz. El zapatero se que-

daria esperándolo. La vuelta era lo malo. Ya él conocía muy bien los rebencazos del tirapié. Dolían primero un poco; después le iba quedando como una especie de picazón en todo el cuerpo; se secaban las lágrimas antes de los sollozos, y el dolor se dormía. A día siguiente se repetía la cosa.

Por el camino largo —sudor y sol— se había topado con gente de campo. Que tuviera cuidado, le dijeron; andaba por allí un toro suelto. Y, ahora, sentado allí entre el matorral, hacía sus cálculos de huida. Había que estar alerta por si acaso caía por allí el *bicho*. Y ¿qué? Nada tan fácil como subirse a un árbol. ¿A cuál? Miró aquí. Miró allá. Puso la vista en uno. Entre los muchos que había del lado acá, ese era el indicado. Estaba sobre el agua en forma de arco y parecía que estuviera *tirándose de cabeza* como lo hacía él cuando venía a bañarse con los otros muchachos. El gran árbol tenía mucha fronda. Metía sus ramas en el agua (¿para pescar?). Era fácil subir y acomodarse allí, escondido entre lo verde mirando abajo.

La inquietud de probar —ya había probado tantas veces— lo aferró por un brazo. Al fin de cuentas, no era malo ensayar. Aquella vez —la culpa era del Ñopo— casi se rompe el cuello. Se habían fugado todos de la escuela. Eran cinco. El Ñato, el Ñopo, Pedro, Goyo Gancho, Fulo Encuero y... ¿el otro? ¿Quién era? No recordaba. El otro... ¡Ah! Sí, el Culizo. Andaban por allí echándose abajo, desde el árbol al agua. La rama se fué haciendo resbalosa. El perdió el equilibrio. Y cayó, no en el agua, si no en la tierra

firme. El tanganazo fue *padre*. Desde entonces le habían prohibido ir al río. ¡Pero hoy se había fugado, que diablos!

Si el animal venía, él, de un salto, se treparía en el árbol. No era malo probar. Se alzó. Se echó a correr y ¡pum! ¡arriba!... El árbol se meneó como un gran trampolín y sumergió sus ramas, que sacó luego a flote chorreando agua. Se acomodó a caballo sobre el doblado tronco —¿arco para qué flecha? ¿puente para qué ruta?— lo zarandéó otra vez encaprichado y luego, pareciéndole buena la prueba, bajó rápido. Se escondió nuevamente entre los matorrales y siguió preparando su *tapón* para cazar palomas.

Goyo Gancho tenía un *tapón* que —¡púchas!— era tamaño grande. Goyo Gancho sabía muchas cosas. Era su buen amigo. Amigo para el río solamente o para robar mangos en la finca de Chago López, porque en cuanto al tapón...

(—¿Me lo prestas, Goyito? Voy al río no más y te lo traigo como si náa...)

...no había querido ni dejárselo oler. Y no hubo más remedio que hacer uno de la mejor manera posible. Había ido recortando ramitas secas, las más derechas que había hallado. Ahora, ya estaba casi lista la *tapa*, en forma de pirámide. ¿Y si el toro venía? Seguramente era ese que había traído de la feria Don Patrocinio. Lo había visto una tarde embestir a un potro. Por poquito le saca las tripas. Miró para el árbol. Se bamboleaba. De allí arriba, ni Cristo...

Hacía calor. Se secó con la manga la frente. Debía ser mediodía. Era la hora propicia al aguaite. A poquito caerían a beber agua las palomas. Puso el oi-

do... ¡Nada! Sólo el viento movía fuerte las ramas: pero también se oía la música del agua, que corre y corre siempre quién sabe adónde. "Lo mismo que la gente." El señor cura tenía razón. Era una lata, sin embargo, ir los domingos a la doctrina porque había que ponerse los zapatos. Pero el padre Camilo era bueno, y decía muchas cosas, y daba confites. A las muchachas sí que las regañaba. ¿Por qué? Después de todo, Goyo Gancho podía quedarse con su tapón en casa. Ya él había terminado el suyo propio. ¡Y mejor!

Seguía el ruido del viento y del agua. Pero ya comenzaba a oír en la distancia el *tira y jala* del turrututeo. Había puesto la trampa con su poquito de maíz debajo y se había colocado un poco lejos, bien escondido entre las hojas. De pronto oyó a su espalda un alocado sacudimiento de ramas. Pensó en el toro, y algo se le subió a la garganta. Loco revoloteo. ¿Una paloma? Se envolvió en un silencio pequeñito. Sintió de nuevo rápida repercusión de golpes entre la fronda. Oyó un zumbido largo como de bala y... ¡zas!... allí cerquita, sobre una rama, se paró la paloma! Se zarandeó un poquito. Abrió y cerró las alas. Alzó el pico. Miró a un lado y a otro. Y se quedó un momento como escuchando. Después se dió a espulgarse.

Hecho un ovillo de silencios, él la estuvo acechando. Le parecía que el viento mugía ahora con más furia. Una piedra le hacía mal en el muslo. Se quería acomodar. ¡Cuidadito! si se movía, volaba. Por qué harían tanta bulla las aguas del río? La paloma hizo un movimientito, abrió sus alas, y descendió a otra rama. ¡Esta caía, *seguro*! Al diablo Goyo Gancho con



su tapón y todo. El viento remeció fuerte las ramas. La paloma planeó y, suavemente, apoyó sus patitas en el suelo. No una sola: ¡muchas iba a coger! Ponía el pico en la yerba; volvía a alzarlo; y avanzaba con pausas hacia el grano. Todo el pueblo se asomaría a mirarlo. ¿Y si el toro venía? La paloma avanzaba. Que no viniera. Y él pasaría orgulloso por la plaza. La paloma movía la cabecita. Subirse al árbol, era la salvación. Un collar de palomas alrededor del cuello para que las mirara todo el mundo. Ya iba a picar los granos. ¿Y el zapatero? Goyo Gancho lo miraría con rabia. Movió el viento las ramas. La paloma levantó la cabeza y se quedó un momentito asustada. Se iba... ¡Se iba! Echó un paso adelante... y picó un grano. ¡Mire, madrina, cuánta paloma traigo!" Picó otro, sin moverse. La madrina se quedaría mirándolo sin decirle palabra. Un paso más y . . . ¡pum! O bien se haría la brava y le diría: "Pon ahí eso y andavéme a comprar un real de achiote". Ya estaba por caer, pero a lo lejos, se encendieron de pronto unas voces. ¿Muchachas? La paloma se echó un poquito atrás. Y ¿quién diablos sería? Alzó el pico asustada. Las voces se agrandaron rápidamente. Abrió y cerró las alas. Tomó empuje. Ruido grande de voces. Viento. Gritos. La paloma desdobló su inquietud y alzó en parábola su vuelo sin ruta. ¡Todo perdido! ¿Y quién, caray, a esa hora?

Un pequeño disgusto de fracaso le hizo cerrar los puños. ¿Escaparían del toro? Una vez había visto en su sueño a una muchacha vestida de rojo perseguida por un torazo negro. La muchacha resultó ser él

mismo. Pero las risas que oía no eran de miedo. Eran risas de risa. Una ola que avanzaba. Allá en el pueblo era bello reírse por reírse, en la plaza con luna o en el rincón del atrio. Ya lo echarían de menos su madrina y el Juez. “Apenas venga le pego”. El chicote pendía de una horqueta. Ya las voces estaban allí al lado; pero no veía a nadie. ¿De dónde habrían sacado ese chicote? Una vez lo escondió. Todo el mundo buscaba. Y él repetía dentro de sí, como en el juego, “frio... frio... caliente, caliente”. ¿Si vendrían a buscarlo estas muchachas a él? Pegaría una carrera. Ni Goyo Gancho pudo alcanzarlo un día. Corría como caballo. Volaba. Lástima, la paloma. El rencor le volvió, por un instante, a los puños. Pero ahí estaban las risas. Iban a aparecer. Su rabia se cambió en curiosidad.

Asomó la pequeña cabeza entre las ramas y se quedó esperando.

Una muchacha —¡Vengan, vengan!— llena de sol y risa, desembocó al galope.

—¡El río está pá'comérselo!

El no había visto gente así rubia en el puebló.

Y llegaron en yunta otras dos. Se veía, por lo rojo del rostro, que habían andado por ahí robando mangos. Andaban hechas agua, del sudor. Sin medias y con las zapatillas en la mano... ¡Ah, sí!, las conocía. Que habían estado allí el otro verano. Cuando la *junta* de Alba y el paseo con iguana. Mejor la *junta* —cumbia y chicha— con María Molinillo que gritaba borracha y Goyo Gancho que se cayó del bayo. Sí, como ahora, se reían y gritaban, con la vela en la

mano, bailando cumbia. Habrían llegado ayer en la balandra del Ñopo Juan. Más grandes. Más bonitas. Las estaba mirando desde su gruta de hojas. No oía lo que decían. Se habían sentado. Una que otra palabra le llegaba al oído desmenuzada. El viento las partía con sus tijeras de éter. Así desgranaba él cada mazorca, por las mañanas, cuando le daba el grano a los pollitos. Uno se había enfermado. Debía echarle limón en el pico. Si estuviera más cerca oiría claro. Pero el agua hacía bulla y el viento mugía. Una tenía las piernas desnudas, en horqueta, y él miraba un poquito. Otra, con una rama, meneaba la corriente del río. La que estaba de espaldas al tronco era mejor que las otras. Rumiaba un mango verde. En la finca de Chago López habrían estado. O en la hacienda de doña Gumerinda. Allí era peligroso, por el *ganso*. ¿Y si el toro venía? Ya las veía corriendo y dando gritos; como cuando hubo el fuego, que todas las mujeres corrían de un lado para otro chillando con los brazos al aire. Se iba a calmar el viento. Se calmaba. Le llegaban ahora al oído palabras claras. La que tenía la espalda apoyada al árbol decía —se reía, movía las manos— “Su boca tenía gusto de tabaco y me apretaba tanto el seno... y me apretaba tanto...” El viento sopló fuerte. Le llegaban trocitos de otras palabras y el pentagrama fresco de las risas. Otra se levantó meneando el torso y tarareando una rumba. Con ésta había bailado él una cumbia en la *junta* de Alba. No quería. Reculaba. Goyo Gancho lo había hecho caer a la rueda. Y había bailado largo. Un borracho lo echó a un lado diciendo: “¡Fuera chiquillo baboso!” Ahora ella se meneaba como entonces y cantaba una

rumba. Las otras comenzaron a imitarla, cada una por su lado, con la blusita levantada. Y él notaba como las blusas iban subiendo poco a poco. A la madrina José María la había visto una noche desnuda. Había entrado en el baño, sin saber, de golpe, y allí estaba la vieja desnudita. “¡Muchachito del diablo, cierra la puerta!”

Tenía el alma en cucullas por *eso* nuevo, bello y fuerte que veía; porque de entre los círculos del ritmo habían ido saliendo ellas —¡las tres!— desnudas. Por un instante su cabecita fué una veleta sin norte. Se acomodó mejor entre las hojas. Se había calmado el viento. Sentía calor. Goyo Gancho no iba a creer la cosa. —“¡Qué va, hombre!”— Pero sería mejor no decírselo a nadie. De pronto una muchacha cambió el motivo de su juego y de un brinco quedó sobre la curva del árbol. Lo zarandéó un poquito de arriba a bajo e hizo el gesto de echarse, pero no se atrevió y bajó de nuevo. A él le venían ahora unas ganas inmensas de bañarse con ellas; de mostrarles un montón de piruetas que sabía; por ejemplo, tirarse del árbol dando dos vueltas en el aire o nadar bajo el agua muchos metros. Nadando bajo el agua se había topado una vez con algo blando. Una culebra acaso o un cocodrilo. El agua estaba turbia. No se veía. Y había salido a tierra despavorido. Quién sabe qué animal era aquel. A poquito no más y se lo come. “Ya ves, eso te pasa por travieso”, le había dicho la tía Josefina.

Cogidas de las manos, las muchachas andaban dando vueltas. Y sus cuerpos sudados brillaban bajo el sol. “Cojo una mano, cojo la otra”. La noche de San Juan habían hecho en la plaza del pueblo una rueda

de treinta personas que giraban alrededor de una gran fogata. Y daba miedo ver cómo brillaban, al resplandor, las caras de los borrachos. Chicha fuerte y arroz a la Juliana en casa de Rita Pacheco. Goyo Gancho se había llevado en su caballo a Rosario Pinto...

Seguían ellas su juego, cantando "...sentadita en su huerta limón". Estaban allí brinca que te brinca y el bicho podía venir. Bueno. Ya las vería él corriendo. Pero, de pronto, sin saber él por qué, las tres muchachas detuvieron su juego y, por el árbol —trampolín seguro— cayeron *como frutas*, una tras otra, al agua. Como la orilla era alta, él las dejó de ver. Siguió sólo escuchando el chapaleo y las voces. Podía él desnudarse ahora, sin que lo vieran, y echarse al río de golpe. ¿Qué pasaría? De vez en cuando subía una, se trepaba en el árbol y... ¡pundumbum!... se echaba. Por el ruido que hacían al caer, él notaba que lo hacían mal. Caían al agua de barriga. A él sí tenían que verlo. Ni Goyo Gancho, ni el Culizo que tenían tanta fama.

Como no seguía viéndolas, la impresión de los cuerpos se diluyó en su mente. Y comenzó a pensar como chiquillo. Comenzó nuevamente a ser muchacho. Y se le fue metiendo entre las cejas un pequeño capricho. Ah, si les escondiera las ropas? El Fulo José Manuel había tenido que irse por entre el monte, desnudito, hasta la finca de Goyo. Todos lo habían sabido en el pueblo. Por eso le decían Fulo Encuero. De veras, era bueno esconderles la ropa. Le habían hecho espantar la paloma. ¡Con la bulla que hacían! Ya no salían afuera. Oía sólo sus gritos y el barullo del agua. El viento sacudía de vez en cuando las ramas. Un remo-

lino de hojas secas y polvo se elevó cerca de él. ¿Cómo esconder la ropa? ¿De una sola carrera, aunque lo vieran, o arrastrándose poco a poco para que no se dieran cuenta? Mejor así. Pero... ¿y si el bicho venía de repente? Todavía no se había movido, y ya se estaba viendo lleno de miedo en la actitud del robo.

Le pasó, cerca, zumbando, la bala de una paloma. Miró el tapón. Muerta ya su inquietud, estaba allí caído a sus pies como una cosa inacabada e inútil. Mañana volvería. Había que preparar mejor la trampa. ¿Qué horas serían? El zapatero estaría ya en casa poniéndole las quejas a la madrina. Pero ella no le pegaba duro. Cuando él llegara, ya estaría ella con el chicote en mano. “¡Ven acá, muchacho! ¿Dónde diablo has estado?” Tía Josefina, siempre quejándose del reuma, saldría en su defensa. “¡Déjalo estar, mujer estaría por ahí!” Un rebencazo aquí y otro allá, que ni siquiera lo tocaban de lleno, porque él sabía muy bien defenderse, esquivando los golpes que casi siempre caían sobre los muebles. Eso era todo. Lo demás eran gritos. De la madrina, de él y de la tía. Los chillidos de la madrina José María se oían hasta en la casa del señor cura. Y la tía Josefina la cogía al fin con él, pues, con el ajetreo, los dolores del reuma le volvían *de fiijo*... Y si lo molestaba otra vez el Culizo con aquello de “Ven-acá-muchacho” le iba a mandar su golpe. Ya lo tenía cansado.

Un moscardón le zumbó en el oído. “¡Mosca 'el diablo!” Le tiró un manotazo. Eso faltaba que una mosca viniera a picarlo. De todos modos las ropas tenían que escondérselas. Le habían hecho espantar la pa-

loma. Aunque lo vieran. Eso no le importaba. Y se arrastró un poquito, en-cuatro-patas, muy lentamente. —¡Mucho cuidado!— Sus ojitos viajaban del río a la ropa y de la ropa al río. Seguía oyendo los gritos de las muchachas. Pero no las veía. Se habían dado a otro juego seguramente, porque solo veía, de vez en cuando, algo como pelota que hacía arcos en el aire. Oía claro las voces. “¡A mí, a mí!” Rumor de agua. Zumbidos del viento. “No la tires tan fuerte”. Adivinaba a veces, a través de las ramas, una cabeza rubia que pasaba y un chapaleo confuso.

Se iba acercando lentamente a la ropa. Le palpita-  
ba el alma. ¿Si lo veían? El viento levantó nuevamente su remolino de polvo y hojas secas. Cerró los ojos. ¿Si lo veían? ¡El las había mirado desnuditas! ¡Le tendría que confesar esto también al cura? “Acúseme, padre, que...” Oía las voces. “¡Tira aquí, tira aquí” ... he visto a tres muchachas en cuero”. Le zumbó nuevamente el moscardón. “¿Y eso cómo, muchacho?” Era mejor no decirlo. Ni a Goyo Gancho tampoco. Ni al Culizo. Chapaleo, chapaleo. Gritos y viento. Después de todo... “¡oye, no tires fuerte!” Una vez él no había confesado un pecado. ¿Y si el toro venía? Ya las veía corriendo. Y él se veía a si mismo, en medio de ellas, allá arriba en el árbol. Un chapaleo confuso entre las ramas. ¿Confesaría el pecado? “¡Zambúllate a cogerla, idiota; no la dejes perder!” Veinticuatro Avemarías y un credo, de penitencia. Y además . . . las blusitas estaban sudadas. Las aferró en conjunto. Y, cuando iba a volverse atrás para esconderlas, oyó de pronto el trote fuerte de la bestia que se acercaba. Era el toro. Era el toro. En un

zig-zag de espanto le pasó la gran bestia por la mente. Enorme. Embravecida. Mugiente. Y el grito le salió como trueno:

—¡El toooro! ¡¡¡El toroooo!!!

Soltó la ropa. Huyó por entre el monte. Bala perdida.

Cada estatua desgajó su lamento. Los lamentos se unieron en mazo. Y el viento, por su cuenta, hizo del mazo un bloque de alaridos. El chapaleo confuso, hecho de espanto, partió el agua en estelas hasta el árbol. Era el refugio próximo. Y cada una puso en él su inquietud. Se subieron de un salto, sin percepción exacta de lo que hacían. Se apretujaron, una al lado de la otra. Entre las hojas verdes, los tres cuerpos desnudos se balancearon un momento chorreando agua. Ahora sólo eran un racimito de miedos y silencios.

Los pasos de la bestia se acercaban bebiendo suelo. Ni una palabra. Ni un grito. Ni un lamento. El gran miedo había puesto su cartel a la entrada del árbol como en los cines, "No se habla". Sólo se oía la música del viento y el coro ruso del agua. Los golpes de tambor de las pisadas se hacían siempre más claros. Con los ojitos puestos en la pequeña boca del camino, las tres estatuas se apretujaban cada vez más sobre el árbol. Ya la idea era una sola, un punto: EL TORO. Ya estaba allí cerquita. ¡Iba ya aparecer! ¡Ya estaba allí! ¡Oh!

No era el toro.

Era el cura del pueblo que venía caballero en su mulita.

¿Cómo doblar la risa en pedacitos para que no saliera? Ya ellas lo conocían. Era severo. Si las



veía desnudas. ¡Virgen Santa! Era un santo señor. Cada domingo hacía un sermón larguísimo sobre las buenas costumbres. ¿Y ahora qué pasaría?

Se bajó de la mula. ¿A qué vendría? Era tan puritano. ¡No vendría a ciertamente a bañarse! La mulita se fue derecho al agua y se puso a beber. El señor cura, en cambio... ¿A qué vendría? Se estaba tan sabroso en el agua. Sacó de la mochila una gran toalla blanca y un libro viejo. Los puso al pie del árbol. ¿Vendría a bañarse? ¿Y eso de cuándo a dónde? ¡Era tan tímido! Nunca miraba a nadie. Y andaba siempre con los ojos al suelo como buscando el último pecado para ofrecerlo a Dios.

¡Sí, en efecto! El señor cura venía a bañarse. Miró a un lado y a otro. Y, ya tranquilo, comenzó a desabrocharse muy lentamente la sotana. ¿Cómo amarrar la risa, con qué sogas, para que no saltara desbocándose? ¡Avermaría y el cura de los infiernos! Apareció primero una rarísima camiseta de lana, verde a rayas y agujereada por todas partes. Después el pecho fuerte, lleno de vellos. Y al fin, un muy curioso pantaloncito de baño, tan pequeño, que apenas le cubría lo necesario. Era también a rayas, pero rojas sobre fondo amarillo. Las piernas eran flacas y peludas. Demasiado peludas. ¿Cómo diablos maniatar la risa?

Se sentó al pie del árbol y se puso a leer, tranquilito como si nada, el libro que traía. Sin duda era la Biblia. De vez en cuando miraba a la corriente, y volvía sumergir, luego, sus ojos en las páginas.

Pero el buen cura no podía concentrarse. El pensaba que todo le iba mal. El había cometido algún

pecado gravísimo, porque, la noche antes, el demonio lo había vuelto a tentar. Carmela era la causa. Pero, Señor, ¿qué culpa tenía la pobre muchachita de tener buenas formas? Pero no eran sus formas solamente, eran sus ojos verdes. ¿Por qué, cada mañana, cuando venía a traerle el desayuno, se le quedaba ella mirando con esa sumisión de cabra? Ese era su tormento. Cada noche lo tentaba el demonio. El habría cometido un gran pecado, porque el Señor le había retirado su ayuda. Noche a noche sentía una desazón insostenible. Y no lograba, ni conciliar el sueño, ni apartar de su mente los ojos verdes de aquella criaturita. Pasaba sus vigiliass noche a noche empapado en un sudor frío y pegajoso que le brotaba como la sangre al Cristo. Se había dicho: “Mañana me daré un baño en el río”. Y había venido precisamente a esa hora en que el calor hace estar en su casa a todo el mundo. Pero no estaba bien sumergirse enseguida. Estaba sofocado y la emoción del frío podía causarle mal. Había traído un libro, pero no conseguía concentrarse. ¿Cuál era aquel varón —Santo varón— de la Tebaida que sucumbió a la tentación del demonio? Señor, no recordaba... Padre Zózima no era. Padre Zózima era aquel que tenía su historia muy entroncada con la de aquella otra gran Santa que se llamó María Egipcíaca. Tampoco era el Santo Francisco de Asís... Ni San Antonio tampoco. Definitivamente no recordaba, o no sabía a ciencia cierta. Con perdón del Señor. Que todas estas cosas las debería saber un buen siervo de Dios. Pero en alguna parte había él leído aquella historia. En la *Leyenda Aurea* seguramente. Tenía que repasarla. Y había también leído en al-

guna parte unos consejos contra las tentaciones del Maligno. Ayunos y cilicios decían los padres de la iglesia. ¡Ay, Señor, cómo se adivinaba que ellos no habían vivido en el Trópico! ¡Qué extraño! Una inquietud lo dominaba casi inconscientemente. Tenía abierto su libro, y por más que hacía esfuerzos, no podía percibir exactamente, no podía darse cuenta del texto. Sus miradas se le iban siempre al agua. Algo tenían las ondas. ¿Acaso lo tentaba nuevamente el demonio? Pensó en los ojos verdes. Qué laxitud de cebra tenía aquella bendita criatura del Señor! En sus últimas noches, sus sueños habían sido una cruel geometría de líneas dóciles, mórbidas, flexibles. Ancas, senos y piernas de mujeres. Pero ahora no dormía. ¿Por qué en las ondas veía también reflejos de ancas, piernas y senos? Quería mirar de nuevo. Quería cerciorarse. Pero no se atrevía. Sentía en la nuca la mismísima garra del Maligno. “¡Ave gratia plena dominus tecum!” Sintió valor. Hizo un esfuerzo duro, y posó la mirada, casi desfallecida, sobre las ondas. ¡Oh, Señor! ¡Sí, Señor! La geometría infernal estaba allí, de nuevo, como en el sueño. ¡Exacta! Se movían en las ondas, se cruzaban, las líneas dóciles. ¡Ancas, piernas y senos de mujeres! “Satanás, vade retro”. Se persignó angustiado. Tiró el libro. Se alzó. Cogió su ropa. Y cuando iba a vestirse —Alabado sea Dios!—oyó risas agudas, largas, estentóreas, que caían de los árboles. ¡Oh, ya no pudo más! Todos los diablos del infierno habían venido a tentarlo. Y huyó tal como estaba, por el camino lleno de sol. Una nube de polvo y carcajadas lo seguía como un rabo, como una maldición.....

La mejor HARINA DE MAIZ de  
la República

la fabrica

**EL MOLINO SEVERINO**

Calle Monteserin No. 10—Tel. 278—Apartado 717

Panamá, R. de P.

**FARMACIA SELECTA**

Magnífico surtido de medicinas de patente

PERFUMES

COSMETICOS

PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4

**C. P. R.**

La Emisora del  
Deporte



**IBERO FERNANDEZ**

Uno de los locutores del personal deportivo de C.P.R., actualmente en California, E. U.

**• R O N •  
MORGAN**



El más recomendado  
para cocteles y  
ponches

**LICORERA DEL  
PACIFICO**

Tel 2136

Aptdo. 321

## **EL BUEN VECINO, S.A.**

(Carretera del Aeropuerto No. 60)

### **FABRICA DE ROPA**

**GUAYABERAS, PIJAMAS, PANTALONES Y**

**UNIFORMES PARA NIÑOS Y HOMBRES**

**Gerente General: Raimundo Ortega Vieto**

**Teléfono 2732\_J**

**Apartado: 572**

## *Angelini*

**COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890**



**Teléfono 887-1687**

**Avenida Central 179**

**Speed-Easy**  
(rápida-fácil)

"LA  
PINTURA  
MAGICA"

**Guardia & Cía. S. A.**

Teléfono 1496

PLAZA DE HERRERA

**COMPANIA  
PANAMEÑA  
DE  
FUERZA Y LUZ**

Siempre a sus órdenes

PANAMA

COLON

**MUEBLERIA  
TUÑON**

Ave. Central y Calle 31  
(Edificio San Roque)

Muebles cómodos y  
elegantes a precios  
especiales

Compre sus muebles con  
tiempo.

Aproveche nuestros  
precios especiales.

SUSCRIBASE

a la

Biblioteca

**SELECTA**

PRECIO B 1.50

AL AÑO

envíe su vale postal

al apartado 3181

CANTINA

**TIA JUANA**

El sitio ideal para

ver a sus amigos.

Calle J. No. 1

Panamá, R. de P.

**Centro  
Internacional  
de  
Importaciones  
y  
Exportaciones**

Ventas al por mayor

**D. G. LANGSHAW**

Calle 12 N°. 14

Teléfono 1394

Apartado 799

Cables "Langshaw"

Panamá, R. P.



## Mario Galindo y Cía. S. A.



Materiales de construcción.

Ferretería en general.

La pintura de mejor calidad.

Ave. Norte 71



Teléfono 119



IMPRESIONES • ALTO RELIEVE  
PROCESO DE LITOGRAFIA  
RAYADO • ENCUADERNACIONES

**IMPRESA DE LA ACADEMIA**

Calle Juan B. Sosa, No. 8 • Panamá, R. de P.



## LOS 3 GRANDES

Famosos en todo el mundo

El Champagne de los Ginger Ale  
SPARKLING WATER

Inseparables para Bebidas

SPUR

La Super Cola

# **LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA**

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad  
de la República se sostienen con el producto de  
LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS LAS  
SEMANAS BILLETES DEL SORTEO ORDINA-  
RIO Y DE LOS "3 GOLPES"

## **No Compre Chance Clandestino**

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados  
comprando únicamente billetes de la LOTERIA  
NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS EXTRAOR-  
DINARIOS SON UN EXITO.

# **BIBLIOTECA SELECTA**

dirigida por **ROGELIO SINAN**

Si quiere Ud. formarse una idea exacta de nuestra joven literatura colecciona desde hoy la Biblioteca SELECTA. En cada entrega le daremos a Ud. textos completos de los mejores escritores del Istmo con noticias sucintas de su vida y sus obras.

Si desea conocer lo más selecto de la literatura mundial adquiera cada mes los cuadernos de Cultura SELECTA. En cada número publicaremos la obra más significativa de los mejores escritores del mundo.

Coleccione la Biblioteca SELECTA. Ella le brinda un panorama completo de la literatura universal en ediciones modestas y económicas, impresas con la mayor pulcritud.

SELECTA aspira a divulgar la cultura, reduciendo los precios y brindándole al mayor número de lectores lo más interesante de la literatura mundial.

Coleccione SELECTA. Deléitese leyendo los mejores ensayos, los mejores artículos, los mejores poemas, las mejores biografías noveladas y los mejores cuentos narraciones, leyendas, etc etc.

Adquiera siempre la BIBLIOTECA SELECTA y recomiéndela a sus amigos. Solicítela en los puestos de venta o en nuestras oficinas, Avenida Ancón 73, Apartado 3181, Teléfono 1436-L. Panamá, Rep. de Panamá.